

CHRIS KRAUS Escritora

LAURA FERNÁNDEZ, **Barcelona**
El año pasado, Jill Soloway, la creadora de *Transparent*, llevó a cabo la proeza de adaptar —hacer digerible la serie de televisión de culto— la inadaptable primera novela-ensayo de la estadounidense Chris Kraus, de 64 años. Una fascinante y confesional *road novel* epistolar que era a la vez pura reflexión sociológica, experimental y artística, que ponía en el punto de mira el deseo. También desordenaba a sus actores: el hombre pasaba de sujeto siempre activo a objeto pasivo a contemplar, y el halago le incomodaba porque se sentía atrapado en una cárcel de la que no tenía la llave; y la mujer, en cuanto sujeto activo, perseguía a su objeto de deseo y lo acechaba como quien acecha a una presa.

Publicada originalmente en 1997, *Amo a Dick* (Alpha Decay), la novela o suerte de artefacto, marcó un antes y un después en la manera distorsionada de entender (y explicar) el mundo de esta autora que en sus textos mezcla política, sociedad y fracaso personal, humor y desesperación, precariedad y crítica a la intelectualidad, siempre con honestidad. Esa exitosa novela supuso el inicio de una carrera que se alimenta, a la manera del noruego Karl Ove Knausgård, pero sustituyendo el vacío de la experiencia por la crítica histórico-antropológica, de su propia vida y la de los que la rodean o la rodearon en algún momento. Una Kathy Acker (escritora experimental y poeta punk estadounidense fallecida en 1997), como ella misma opina, no condenada a mitificarse.

En algún lugar de Finlandia, Kraus toma café y habla, virtualmente, de *Sopor*, de 2006, (Eterna Cadencia) y *Video Green* (Consonni), de 2004. La primera es una novela crónica (otra vez, delirantemente confesional) sobre un hilarante e infructuoso viaje a la Rumanía post Ceausescu de principios de los noventa con el fin de adoptar un huérfano, acompañada, claro, de su entonces marido, el intelectual Sylvère Lotringer (aquí, Jerome). El segundo es un ensayo hecho de microensayos sobre el *boom* del arte en Los Angeles. Ambos acaban de publicarse por primera vez en español.

Admite que todo lo que ha escrito, incluidos sus artículos críticos, parten, de alguna forma, de sus diarios. “Desde que empecé a escribir en serio, desde *Amo a Dick*, he llevado un diario. Sin duda, mis cuatro novelas se han gestado, de alguna manera, en mis diarios y están hechas de pedazos de ellos. Digamos que lo ponen todo en marcha”, señala. No, no ha leído a Knausgård (autor de seis novelas de autoficción que conforman *Mi lucha*), pero sí ha leído a Tao Lin y a Rachel Cusk y está convencida de que sus *yo* son una excusa para explorar el pre-

“El hombre es ya también, sin duda, un objeto”



Chris Kraus, en una imagen promocional de la editorial Eterna Cadencia.

Una corriente confesional

Siguiendo los pasos de su adorada Kathy Acker, pionera del género, Chris Kraus encabeza una corriente narrativa que parte de lo personal para radiografiar, en esa suerte de híbrido entre el ensayo y la memoria, el presente. La canadiense Sheila Heti, de la que este año se publicará en España su celebrado *Motherhood* (Maternidad), un tratado personalísimo sobre por qué decidir no tener hijos; Rachel Cusk y su revolucionaria trilogía (autobiográfica) que ha cerrado este mismo año —*Prestigio* (Libros del Asteroide) fue el último disparo— y el inminente *Crudo*, de la británica Olivia Laing (Alpha Decay), están expandiendo los límites de la no ficción confesional. Su intención es la de trascender, de una vez por todas, el *yo* experiencial.

La autora de ‘Amo a Dick’ publica en español una novela y un ensayo

“Todo éxito llega tras un centenar de pequeños fracasos”, dice la neoyorquina

sente. “Para mí, escribir es recordar”, asegura.

“Mis historias nunca van solo de mí. Supongo que he interiorizado hechos históricos, como la caída del bloque soviético o el Holocausto, como si me hubieran pasado, como si aún pudieran estar pasándome. En *Sopor*, la historia del mundo y la historia personal son inseparables, como lo es para cualquiera que, como Jerome, haya vivido un trauma histórico”, añade. Jerome está inspirado en su exmarido, el teórico Sylvère Lo-

tringer, un parisiense que, como Georges Perec, creció en la Francia ocupada por los nazis. “Escribir es un acto político, en un sentido ético”, reflexiona, y el *yo* sobre el que escribe es un *yo* político.

Su precaria existencia fue el hilo conductor de todo lo que escribió hasta *Verano del odio* (2012), la primera de sus novelas en la que se hizo definitivamente a un lado. *Sopor*, sin embargo, es aún un pedazo distorsionado de su vida y la de Sylvère, una pareja de cosmopolitas sin raíces ni lugar al que volver, porque realquilan sus pisos y vagan por el mundo de beca en beca. Aunque lo último que ha hecho (su biografía de Kathy Acker) ha vuelto a versar sobre alguien que no es ella.

El fin de una era

En un momento dado de *Sopor*, su personaje asegura que “Acker entiende que la escritura sin un mito no es nada” y que “los mitos femeninos no funcionan en grupos”, porque “son siempre singulares”. ¿No cree Kraus que puedan existir escenas literarias femeninas? “Oh, eso ha cambiado muchísimo. Acker representó el fin de una era en la que el escritor, o la escritora, era visto como héroe, una era mitológica en ese sentido. Y a partir de mediados de los noventa, las mujeres empezaron a unirse y a apoyarse unas a otras, a la manera en que lo hacían los hombres. Eso es lo terrible de Acker, que en el momento en que alcanzó lo que deseaba, el mundo había cambiado y lo que había deseado siempre también”, contesta.

La idea del fracaso permea toda su obra. Es un fracaso que ha aprendido a reírse de sí mismo. “Todo éxito llega después de un centenar de pequeños

fracasos, pero no hablamos de ello. Estoy en contra de la idea del genio que ha impuesto el mundo del arte. Yo creo en el trabajo duro, en resistir. Si dejé el cine fue porque me di cuenta de que todo lo que iba a hacer el resto de mi vida era golpearme la cabeza contra la misma pared, una y otra vez”, afirma.

No sabe si debería escribirse sobre lo que estamos viviendo —el Gobierno Trump o el avance de la ultraderecha en Europa—, cree más bien que “debemos escribir desde y no sobre el presente”, esto es, a ciegas, “avanzar y crear un futuro pedazo de la historia común que estamos viviendo sin ser conscientes de ello”.

¿Y qué hay de su valiosa contribución a la idea del hombre objeto? ¿Cree que está alcanzando por fin medios masivos como el cine y la televisión? “Sí, sin duda. Pero es cosa del capitalismo. Nos está ofreciendo igualdad de oportunidades en eso también. En vez de no objetivar a las mujeres, está objetivando a los hombres. Sí, el hombre es *ya* también, sin duda, un objeto”, sentencia.